

lo que transportan sus palabras es el delirio amoroso. Y lo hacen con una intensidad a menudo inversamente proporcional a la extensión del texto. De ahí que digamos que el tamaño sí importa; pero, a diferencia del mito falocéntrico, aquí constatamos que un infinito placer puede despertarse y prolongarse en un reverberar feliz a partir de una miniatura sexual, perdón: textual. Todo depende de la pericia de quien busca despertar el deleite, con la palabra colocada en el lugar preciso. En ese saber colocar la palabra, las y los minificcionistas aquí reunidos, revelan su maestría.

Si la minificción invita y provoca la colaboración de quien la lee, esa provocación es aceptada con complicidad feliz cuando leemos estos artificios textuales y sexuales que hoy tienes entre las manos. Ahora, como preparación para la fiesta textual que es este libro, leerás las palabras que Francisca Noguerol, experta en las lides de la minificción y del erotismo literario, ha escrito para que la introducción a la lectura sea perfecta.

DINA GRIJALVA

DEL FORNICIÓN Y OTRAS DELICATESSEN LITERARIAS

Conocí a Dina Grijalva hace varios años, un feliz día en el que descubrí que la profesora mexicana apasionada por el rosa que acababa de serme presentada era una cómplice vital *en y con* todos los sentidos. Devota de Julio Cortázar y Luisa Valenzuela, de Inés Arredondo y de las minificciones literarias, Dina me descubría al poco tiempo de nuestra charla su proyecto de escribir una antología de textos breves cuyo hilo conductor sería el erotismo. Así, en el volumen futuro se reunirían voces de autores y autoras de todo el espectro literario en español: desde clásicos como Julio Torri, Cortázar o Juan José Arreola, a consagrados e indispensables en este “cuarto género narrativo” como Ana María Shua, Luisa Valenzuela, José María Merino o Fernando Iwasaki, o autores jóvenes de producción menos conocida hasta el momento, y que forman mayoría en el listado final de participantes. Eso sí: todos debían encontrarse unidos por el placer del texto bien escrito, el amor a la palabra en su justa medida, la imaginación y el manejo sabio de los silencios.

Por aquel entonces yo ya había prologado una antología breve aparecida en 2005 titulada *Microscopios eróticos*, fruto del buen hacer de unas antiguas alumnas de la Universidad de Salamanca que, en su proyecto de fin de Máster de Edición, consiguieron *el más difícil todavía*: lograr una obra tan

deliciosa como justificada, en la que integraron a importantes autoras consagradas en el minificcionario hispánico. Escribiendo aquellas líneas ya percibí el enorme potencial del tema en los textos más breves, y ello porque la expresión del deseo se aviene perfectamente con las elipsis y los silencios cargados de sentido, dos de las cualidades que hacen brillar con especial relevancia las mejores microficciones*. Además, el amor siempre ha necesitado comunicarse a través de ritmos evocadores y perfectos, hijos de un cuidado trabajo con la sintaxis; se ha mostrado amigo de la intimidad y el secreto, lo que ha llevado a reconocidos autores a expresarlo a través de un lenguaje propio como el glígligo —ahí tenemos el capítulo 68 de la *Rayuela* cortazariana, memorable ejemplo de perfecto microrrelato extrapolable de un texto mayor—; es amigo de la sinestesia —véase cuántos textos se dedican en el presente volumen al olfato, el gusto, el tacto y el oído como sentidos privilegiados para expresar el deseo—; finalmente, la tensión sexual se manifiesta en presente, sin duda el tiempo de la pasión como bien ha sabido subrayar Ricardo Piglia. Todas estas características hacen del erotismo un motivo especialmente atractivo para ser abordado en el marco de la microficción.

En cuanto a Dina, ella misma se revela como autora de dos platillos exquisitos consagrados a la brevedad**. Titulados *Goza la gula* y *Las dos caras de la luna*, Luisa Valenzuela

* En el IX Congreso Internacional de Minificación (Neuquén, julio de 2016) supe que la limeña editorial Altazor acababa de sacar en dos volúmenes 69. *Antología de microrrelatos eróticos*, en la que Beto Benza y Carolina Cisneros fungieron de editores de un conjunto de textos eróticos integrados obligatoriamente por 69 palabras, y que reunieron a 138 escritores: 69 varones elegidos por Benza y 69 mujeres antologadas por Cisneros, entre quienes se encuentra la propia Dina.

** En estas páginas —y espero que la autora sepa perdonarme la infidencia— se oculta firmando dos textos de creación bajo el seudónimo Alva Anid, en el que juega con algunas letras de su nombre real.

dedicó al primero unas palabras que podrían muy bien acomodarse a la colección que están a punto de degustar:

Con *Goza la gula* Dina Grijalva demuestra que ella ha hecho de esa casa, el lenguaje, una verdadera mansión, un palacio de Epicuro al que con toda generosidad nos convoca para convidarnos con sabores y humores de enorme regodeo.

Tenemos en nuestras manos la orgía total del verbo. Aquí desfilan multitudes diversas disfrutando la posibilidad de satisfacer los sentidos y se enuncian manjares, succulentos menús. La célebre combinación de lo erótico con lo culinario (con perdón de la palabra), tan en boga entre muchas escritoras en las postrimerías del siglo pasado, alcanza en *Goza la gula* su máximo esplendor.*

Para llevar a cabo su proyecto, Dina disfrutó de una estancia postdoctoral en la Universidad de Salamanca que supervisé desde el primer día y que dedicó a leer sin descanso. Consecuencia de la misma es *Eros y Afrodita en la minificación*, un trabajo tan concienzudo como necesario que viene a iluminar con una nueva obra el catálogo de Ficticia, en México, que tanto ha contribuido a la difusión de los textos breves de la mano de Marcial Fernández, y de Macedonia, en Argentina, dirigida por el imprescindible Fabián Vique. Así, estas páginas reúnen a 112 autores —56 mujeres y 56 hombres, lo que da fe del deseo de Grijalva por posicionar en su justo lugar las voces femeninas—,

* Luisa Valenzuela: “Prólogo”. En Dina Grijalva, *Goza la gula*. Culiacán, AndraVal, 2012, p. 20. La invitación al deleite de la razón y los sentidos se mantiene en el libro de ensayos de Grijalva sobre la propia Valenzuela *Eros: Juego, poder y muerte. El erotismo femenino en la obra de Luisa Valenzuela*. Culiacán, Instituto Municipal de Cultura, 2012, lo que da idea de la fascinación de nuestra antóloga por un motivo que lleva estudiando bastantes años desde todos los frentes y que conoce a la perfección.

procedentes de lugares tan diversos como Argentina, Chile, Colombia, España, Guatemala, México, Perú, Uruguay o Venezuela, y hecho que de nuevo revela una notable virtud de esta antología, empeñada en dejar de lado los textos y zonas tradicionalmente privilegiados por la crítica para descubrir nuevos nombres para el canon de la minificción.

Seducción, intensidad, transgresión, juego... Éstos son algunos de los rasgos que comparten los textos acá reunidos —tan breves como agudos— con las diversas artes amatorias consignadas bajo el rótulo común del erotismo. Si a este hecho le añadimos que los textos antologados han sido escritos por autores comprometidos con la subversión del discurso amoroso tradicional, se entenderá el estallido de rebeldía que signa *Eros y Afrodita en la minificción*, un volumen tan necesario como provocador en el que la sexualidad —activa o pasiva, pudorosa o agresiva, problematizada o gozosa— queda expuesta en todas sus variantes.

Así, por ejemplo, al afirmar el aspecto carnal de su identidad, las narradoras se declaran sujetos de su propio placer, capaces de instruir sobre cómo hacerlas disfrutar o de descubrir posibilidades únicas en sus pasiones. Incluso las protagonistas que viven el amor según parámetros tradicionales subvierten su rol de víctimas para gozar en su encuentro —imaginado o no— con el otro. Respondiendo a la máxima lezamiana “El que escoge / inmoviliza lo escogido”, estas autoras se apoderan de lenguajes y temáticas hasta hace poco vedados a la mujer, haciendo uso de elementos considerados propios del discurso masculino como el humor, la violencia verbal o las parodias de la tradición. Si la comicidad signa títulos tan memorables como “Juguemos al fornicón”, en el último apartado resulta significativa la revisión del mito judeocristiano de Adán y Eva —“Tentación”— y la relectura subversiva de cuentos de hadas con

los que aprendimos la sumisión. Como rasgo generalizado en estas autoras, se obvia la queja amorosa convencional, que colocaba a la mujer en actitud de espera frente al amado. Ahora, las protagonistas asumen el rol de brujas o vampiresas y demandan su cuota de placer respondiendo a lo señalado por Ann Kaplan en relación al erotismo femenino: “if we have to have sexual pleasure, it can only be constructed around her objectification, it cannot be a pleasure that comes from desire for the other (a subject position) —that is, her desire to be desired”*. Y es que esta escritura se hace eco de las propuestas realizadas desde los años setenta por pensadoras como Hélène Cixous y Luce Irigaray, reivindicadoras de un discurso femenino en el que se destaque el cuerpo de la mujer. Ya lo apuntó Irigaray: “El sexo de la mujer está en todo su cuerpo (...). La geografía de su placer es mucho más diversificada, múltiple en sus diferencias, compleja, sutil, de lo que se ha imaginado (...) dentro de un imaginario que está demasiado centrado en lo único y lo mismo”**.

Así se explica la enorme variedad de fantasías eróticas acogidas en los diferentes títulos —y esto vale tanto para textos escritos por varones como por mujeres—: desde el sexo con desconocidos y por oficios a la asunción de los roles más diversos en la relación, el encuentro en un lugar insólito o la asunción de que entre los mejores amantes se encuentran los imposibles —constato acá el importante número de títulos dedicados al erotismo soñado. Además, el amor se describe en todas sus variantes y filias posibles: fetichismo, tríos, zoofilias, homosexualidades, agalmatofilia, necrofilia, o, incluso, el deseo de los chorizos en la

*Kaplan, Ann: “Is the Gaze Male?”. En *Powers of Desire. The Politics of Sexuality*. Ann Snotow, Christine Stansell & Sharon Thompson (eds.). New York: Monthly Review Press, 1983, p. 316.

** Irigaray, Luce: *Ese sexo que no es uno*. Madrid, Saltés, 1982, p.28.

divertida “Los pecados de la carne” de Clara Obligado, reflejo de una parafilia para la que aún no existe vocablo.

¿Y por qué debería haberlo? Ya lo sabe perfectamente Dina: el erotismo siempre nos muestra otra cara de la realidad, lo que nos obliga como lectores al *voyeurismo* entre líneas. Aceptando esta premisa, no me queda sino formularles una invitación: pasen y lean. Seguro que la experiencia de compartir estos placeres no les defraudará.

FRANCISCA NOGUEROL
Universidad de Salamanca

*Apenas él le amaba el noema a ella se le agolpaba
el clémiso y caían en hidromurias, en salvajes ambo-
nios, en sustalos exasperantes.*

JULIO CORTÁZAR

*Solían decir que las caricias eran una grieta en el
muro por la cual Dios les dejaba espiar lo inefable.*

LAURA NICASTRO

LOS AMANTES

Ellos son dos por error que la noche corrige.

EDUARDO GALEANO